



LA CUBA QUE ARLEY DEJO

Antes de ser el mejor deportista chileno y de convertirse en campeón mundial, el pesista Arley Méndez tuvo una vida en Cuba que debió olvidar. "Sábado" fue al caserío de Fierro, a 106 kilómetros de La Habana, donde él dejó familia, amigos, novia y entrenadores que nunca imaginaron que desertaría. ¿Qué tipo de presiones debe aguantar un muchacho de 19 años cuando abandona el único mundo que conoce? ¿Cómo una familia reconstruye el vacío de perder a un hijo? ¿Y cómo la celebración de un éxito puede dejarlos sin un padre?

POR ANDREW CHERNIN DESDE CUBA FOTOS SERGIO LÓPEZ ISLA
DIRECCIÓN DE ARTE MANUEL GODOY



Sobre el día en que ganó el campeonato mundial, Arley Méndez recuerda esto: "Cuando tocaron el himno chileno, ni lo sentí. Porque me estaba diciendo a mí mismo: Pinga, al fin se acabó el sufrimiento".



1. La casa donde creció Arley Méndez, en Cuba. **2. Las instalaciones** de Cerro Pelado, en La Habana. En el primer piso estaba el gimnasio donde entrenaban los pesistas. **3. Isabel Pérez** y su hijo Alexis. **4. El embalse**, donde iba a bañarse, es el lugar que Arley Méndez más extraña de su pueblo. **5. Alexis Méndez**, en el patio de la casa donde instaló las pesas.

Arley Méndez ya no vive aquí, pero aún quedan sus cosas. Está la ropa que le dejó a su hermano Alexis, sus medallas infantiles y credenciales antiguas colgando en la pared y su cama. Arley Méndez, a pesar de haberse ido hace más de cuatro años de Cuba para convertirse en seleccionado nacional de pesas en Chile, y de no poder regresar al país donde nació hasta 2021, aún tiene un lugar en la casa de su madre.

—Esa es del niño.

La cama es de una plaza, el colchón está viejo y la cubierta de cemento que cubre el suelo está carcomida por la tierra. Parece imposible que pudiera sostener el peso de un campeón del mundo que levanta 203 kilos sobre su cabeza. Pero Isabel Pérez, su madre de 58 años, dice que sí, que alguna vez pudo. Que durante 19 años ahí durmió su hijo.

—Aquí nadie le dice Arley. En Fierro todos lo llaman “el niño”.

Fierro es una comuna dentro del municipio de San Cristóbal, casi en el límite entre las provincias de Arte-

misa y Pinar del Río, a 106 kilómetros de La Habana, Cuba. Fierro, en pocas palabras, es un caserío pobre y rural partido por una carretera, donde los muchachos se pasan las tardes jugando béisbol hasta que terminan la escuela y entonces pasan sus días en el campo, cortando cañas de azúcar o en las plantaciones de mangos. Las calles son de tierra y cobran vida durante los dos momentos del día en que pasan los buses a la capital. No hay internet, existe una escuela, un bar y la mayoría de las casas son pequeñas construcciones livianas de madera que sufren con el viento y la lluvia. La de Isabel Pérez es de las más sencillas. Está al final de una de las calles y, desde una distancia, parece estar cayéndose. Adentro hay un gato y un perro demasiado delgados buscando comida. De todo lo que se puede ver, lo único que pertenece a esta década es un televisor LED que Arley le envió en 2015, pero que, después que le cayeron unas gotas de agua, arrastra una mancha permanente en su pantalla plana.

Isabel Pérez, su madre, ofrece café. También pregunta: por Chile, por el clima en ese país que no conoce y por la seguridad de su hijo. Quiere saber todo eso porque en esa casa ella se siente sola. Mira el cañaveral que está detrás de su terreno y piensa que por ahí puede entrar gente mala a hacerle daño. Entonces lo vuelve a preguntar.

—¿Hay gente mala en Chile?



Lo primero es que, desde su nacimiento, el niño homenajeó, sin querer, a los hombres de su familia. Le pusieron Arley porque era una mezcla que funcionaba entre el nombre de su padre, Aleido y el de su hermano, Alexis. Aleido trabajaba cosechando la malanga, un tubérculo parecido a la papa. Y después, cuando el cuerpo ya no le dio más, se cambió al bar del pueblo donde hacía la comida y servía el ron. Isabel Pérez dice que su marido podía ser un hombre serio. Pero que a su hijo menor le aguantaba todo. A veces Aleido llegaba cansado del

trabajo y se quedaba dormido sentado, con la boca abierta. A Arley, solo como broma, le echaba sal en la boca. Cuando su padre despertaba por el sabor, en vez de gritarle, se reía.

Alexis, 14 años mayor que Arley, quería ser beisbolista. A los 17 años logró ser convocado a una selección provincial, pero su madre, dueña de casa, no lo dejó ir porque significaba que dejara Fierro.

—Tenía miedo a perderlo —dice ella—. Me daba miedo que estuviera solo, lejos de mí.

Alexis sintió que su madre le cortó la carrera y luego se buscó una vida como profesor de educación física. Su primer alumno fue Arley.

—Le ponía unas polainas con plomo que usan los macheteros para no cortarse trabajando y corríamos por los cañaverales.

Un día, un amigo profesor de Alexis vio a su hermano. El niño tenía 9 años. Le sorprendió su físico. El desarrollo de la musculatura en sus piernas, el tamaño de sus brazos. Le preguntaron si quería practicar pesas

y Arley dijo que sí. Le parecía un hobby. Partieron enseñándole en la casa, practicando las posturas sujetando un palo de escoba. Posteriormente Alexis se consiguió unas pesas, una banca y un saco de arena para boxeo que están instaladas en el patio de su casa. Arley practicaba todos los días después de clases. Incluso llevaba a sus amigos. Lo llamaba el templo Shaolín. A los 12 años, dice Alexis, lo llevaron a una competencia escolar a Pinar del Río. Lo ganó. Arley ni siquiera conocía un gimnasio por dentro.

—Ahí me llamaron para que me uniera a una Escuela de iniciación deportiva escolar, en Pinar de Río —recuerda Arley Méndez, en su casa en Macul—. Tenía que estar allá cuatro años. Era como un internado deportivo escolar del Estado. Mi hermano me apoyó muchísimo. A mi mamá le dijo: “Al niño sí que no le vas a tronchar la carrera”.

Cuando cumplió 16 años, el entrenador Félix Machín lo llamó a la selección nacional juvenil. Arley tuvo que mudarse a La Habana. Se que-

daba en La Mariposa: un complejo antiguo para deportistas juveniles, pintado azul y blanco, que queda detrás de la Ciudad Deportiva. Allí Méndez estudiaba educación física por las mañanas y entrenaba por las tardes. Allí también conoció a Yadier Núñez, un seleccionado sub 19 que competía en su misma categoría de peso. Compartían dormitorio.

—A esa pieza le decíamos las barracas. Hacía mucho calor y no teníamos duchas. Había que cargar agua de una cisterna, tirar la sogá para abajo con un cubo enganchado, jalar el agua, subirla hasta un cuarto piso, que era donde dormíamos. Y eso ya cansado, tras todo un día de entrenamiento —describe Núñez, desde Texas, donde escapó hace dos años.

Los materiales, según él, tampoco eran buenos. Las plataformas donde levantaban no eran muy estables y eso, cuando se tiene que sostener tanto peso, dice Núñez, podía significar una lesión a la rodilla que terminaría sus carreras. Pero Méndez no alegaba.

—Arley siempre andaba solo. Era

un tipo no muy comunicativo. Lo de él era entrenar. Imagínese que del gimnasio casi todo el mudo salía a las seis de la tarde para ir a comer y al dormitorio. Arley se iba a las siete y media. Le encantaba salir último. Él entendía que este era un deporte de perseverancia: el que más entrena, normalmente es el que más gana. Y en eso Arley era un monstruo. No descansaba.

Luego a ambos los trasladaron a Cerro Pelado, el complejo donde entrenan los adultos.

—Yo me fijaba en los otros atletas —explica Arley Méndez—. Yo era fuerte, pero había muchachos que eran más fuertes que yo. Félix Machín me hacía competir contra esos muchachos. Les decía que yo levantaba más que ellos. Y ellos se reían. Me decía, tranquilo. Deja que se rían nomás. Él me tenía una fe, compadre.

La primera vez que salió de Cuba fue a un campeonato juvenil en Chiclayo, Perú. Arley nunca había visto un avión. En mayo de 2013 volvió a ese país para un cam-



“A veces la Antonia me tenía que traer pan para que yo pudiera comer”, dice Arley Méndez, recordando sus primeros meses en Chile. En la foto junto a su pareja, la chilena Antonia Galleguillos.

MAQUILAJE: MARIA JOSÉ LEÓN

peonato mundial juvenil. Su vuelo hizo escala en Ciudad de Panamá. Ahí se paseó por el Duty Free.

—Te volvías loco. Yo decía Dios, ¿qué es esto? Es lo máximo. En Cuba no había tanta tecnología. Cada vez que salía, lo principal era comprar ropa y mercadería para mi familia: desodorantes, artículos de higiene personal. Porque allá salía muy caro. También se ponían felices con las medallas. Pero con mi federación era distinto. En Perú cogí medalla de plata y no me dieron apoyo ni nada. Y yo me estaba matando.

Su entrenador, Félix Machín, no se dio cuenta:

—En ningún momento mostró alguna debilidad por abandonar el país.

Había algo más: en Cuba, Arley Méndez tenía una novia.



Alexis Méndez está en el patio de la casa de su madre, mostrando los restos del templo Shaolin.

—Oye, hazme un videíto. Quiero decirlo algo al niño, que no lo veo hace más de cuatro años.

El cuero azul del saco de boxeo está gastado, las pesas están oxidadas y la pintura de la banca, que alguna vez fue verde, ahora está descascarada.

—¿Estás grabando? ¿Ya? Bueno, niño, ¿te acuerdas cuando nosotros hacíamos ejercicio ahí? Al final yo ya no podía ganarte, porque estabas muy duro. ¿O el saco, cuando nos poníamos a entrenar? Todavía me acuerdo, mi hermano.

Alexis, ahora de 38 años, y un poco más gordo que antes, baila alrededor del saco y lo golpea con violencia en combinaciones de tres puñetazos. Luego camina hacia el fondo y apunta hacia el cañaveral. Por ahí corrían.

—¿Te acuerdas que tú vivías arriba de las maticas de chirimoya?

La casa de Alexis, al igual que la de su madre, tiene dos dormitorios, separados por una pantalla de madera. Vive con su pareja, los dos hijos que ella tuvo en una relación anterior, y Arielys, su hija de seis meses. Atrás tiene un patio. Al final de él hay un corral con cinco cerdos. El olor de los animales llega a la casa dependiendo

del viento. El baño es una ampliación de arcilla blanca, separada del dormitorio principal por una cortina liviana. Para bañarse hay que buscar agua en un balde al estanque, calentarla y luego limpiarse extremidad por extremidad.

Ahora es hora de almuerzo. Isabel Pérez está en la casa de su hijo cocinando y la televisión está encendida. Dan las noticias. Pero Alexis no está ahí, sino que en su pieza mirando las cosas que Arley le mandó desde Chile. Hay zapatillas nuevas, hay ropa para la familia. Hay también desodorantes en aerosol.

—Muchas veces el traía cosas que no se comía, para que las comiéramos nosotros. El decía que quería llevarnos a Varadero. A una de esas playas con bar abierto —cuenta Alexis Méndez.

El niño además repetía otra cosa: que quería decorar toda la pared de su casa con el oro de sus medallas.



Arley Méndez dice que hubo una promesa que no le cumplieron. Una beca auspiciada por el Comité Olímpico Internacional y el Comité Olímpico Cubano que incluía un pago de 200 dólares, ropa deportiva cada tres meses y la posibilidad de ir a prepararse para los Juegos Olímpicos de Río 2016 a otro país, como atleta destacado de proyección. Pero esa beca que le ofrecieron en 2013 nunca llegó.

Méndez culpó a José Luis Barcelán, el presidente de la Federación Cubana de Pesas:

—Siempre Barcelán me decía que me iba a botar del equipo. Si me hubieran dado la beca, no tenía por qué irme —explica.

Barcelán, por su parte, dice que la beca estaba en proceso: “Había que esperar hasta el mes de septiembre. Él no tenía ningún problema para recibir ese mérito. Yo nunca tuve un conflicto con él”.

Antes de regresar desde Perú, a Arley le dijeron que irían a Santiago a competir en el Panamericano Juvenil de julio. Ahí conocía a Jorge Igor, un pesista chileno que había viajado algunos años antes a Cuba a competir. Por eso se hicieron amigos y, por eso, sintió la libertad de mandarle un mensaje por Facebook:

—Le dije asere (compadre), pienso quedarme en Chile. Voy para allá.

Méndez no le dijo a su novia: una promisoría levantadora de pesas y seleccionada nacional un año mayor que él, nacida en Cienfuegos, que un par de veces lo acompañó hasta Fierro.

El campeonato partió el 31 de julio. Antes de viajar, alrededor del 21, Arley Méndez volvió a casa. Se quedó dos días. Nadie sabía de sus planes, pero Alexis se dio cuenta de que su hermano anotaba muchos números telefónicos en un cuaderno y le pareció extraño. Antes de tomar el bus, Arley se largó a llorar. Su madre le preguntó qué le pasaba. Arley no dijo nada. Alexis recuerda que su padre, su madre y él lo fueron a dejar al paradero:

—Se despidió con un beso. Le dijimos “trae medallas”.

Jorge Igor volvió a verlo en el Centro de Entrenamiento Olímpico de Ñuñoa, cuando Méndez llegó. Iba con su entrenador, Félix Machín.

—Me dijo: “Hace un frío de pinga. Estoy loco por volverme a Cuba” —recuerda Igor—. Yo pensé: me está diciendo eso para que Machín no sospeche nada. Después lo invité a almorzar. Ahí me dijo: “Me voy a quedar, tienes que ayudarme”, y me dio el número de su habitación en el hotel Diego de Almagro del centro. Le dije que sí.

Arley Méndez ganó ese Panamericano sin esforzarse: le sacó una ventaja de 28 kilos al venezolano que quedó segundo. Después de la premiación, pasaron un día en la nieve. Arley y Félix se tiraron por las pistas usando cartones como trineos, hicieron muñecos de nieve. Almorzaron cazuela, pero Arley no pudo comer. Estaba demasiado nervioso. Esa noche, cuando su familia y su novia lo esperaban, él arrancaría.

Jorge Igor lo pasó a buscar cerca de la medianoche en el radiotaxi de un tío al que tuvo que pagarle 10 mil pesos. Arley estaba en su pieza cuando recibió el llamado. Se llevó un bolso con algo de ropa y 200 dólares. Bajó por las escaleras para que no lo vieran y salió. Esa noche durmió donde el abuelo de Jorge Igor. Al día siguiente viajó a Valparaíso con él y se quedó con los padres de su amigo chileno. Luego vivió un mes en Rengo, donde Damián Hernández, un amigo de Igor. Hernández recuer-

da que siempre hablaba de lo triste que estaba por su familia. Y que cuando dormía, se agitaba como si estuviera en medio de una pesadilla.

La noticia corrió y llegó a Fierro antes de que Arley pudiera contarla. Alexis fue el primero en enterarse, por amigos. Fue un día que estaba almorzando con su madre. Le llegó un mensaje que decía “tu hermano ya no viene más, se quedó en Chile”, seguido de un llamado explicando lo poco que se sabía.

—Mi papá, que ya había tenido algunos problemas cardíacos, estaba trabajando —recuerda Alexis Méndez—. Cuando volvió, le dijimos. Lo afectó muy duro. Tuvimos que llevarlo al hospital por el corazón. Estaba a lágrima viva, gritaba: “Mi niño, dónde está, dónde está mi niño. No lo voy a ver más, carajo”.

El hecho hizo que creciera una cierta incomodidad en la familia. Por un lado estaban orgullosos de la revolución, pero por el otro entendían que en ese país era imposible que superaran su pobreza. Alexis viajó a La Habana a encarar a Félix Machín. No podía entender cómo un muchacho de 19 años se le había escapado. Tampoco si había sido por decisión propia.

—Su hermano me dio unas palabras como si yo hubiera sido el culpable de que se haya quedado. Pero yo no tenía nada que ver con eso —explica Machín a “Sábado”—. Realmente, fue un golpe para todos, porque no esperábamos que él fuera a abandonar el país, que es una traición. Me duele que me haya traicionado a mí y al equipo, pero nos repondremos: vendrán otros atletas como él. O mejores.

Su compañero pesista Yadier Núñez, recuerda cuando les contaron en el Cerro Pelado. Fue durante una reunión matutina con todos los deportistas. Habló José Luis Barcelán, el presidente de la Federación Cubana de Pesas.

—Barcelán dijo: “Hemos sufrido una deserción de parte del atleta Arley Méndez Pérez. No nos esperábamos eso de él, un atleta que aparentaba ser revolucionario”. Dijeron harta mierda sobre él, pero no que había desertado porque era la única forma de ganar plata y ayudar a su familia.

Eso era porque Barcelán no lo veía así.

—Muchos dicen que hacen esto para ayudar a la familia. Ojalá que sea así. A nosotros nos han enseñado otras cosas. Hay que seguir trabajando para enseñarles a los jóvenes actuales que no se vive solamente con dinero, sino también con gratitud de lo que uno ha recibido.

Arley Méndez, dice, nunca se sintió como un traidor. Ni cuando dejó el hotel, ni cuando llamó a su familia desde Valparaíso, contándoles lo que había hecho:

—Mi país no me estaba dando lo que necesitaba y tampoco me estaba ayudando. No me iba a quedar porque mi futuro nadie me lo va a romper. El único que va a ayudar a mi familia soy yo. Mi hermano trabaja como profesor de educación física en



El último día que vio a su familia, en julio de 2013, Arley Méndez lloró al despedirse. Sus padres solo entendieron más tarde, cuando les contaron que había desertado. En la foto, una antigua credencial de Arley en su casa en Cuba.

un colegio y como guardia de seguridad. Gana 25 dólares. Mi papá en el bar, lo mismo. Yo no podía ir para allá. No podía ser lo mismo.

Un día la novia de Arley llegó a Fierro. Llevaba la ropa que él había dejado en La Habana. A Alexis le dijo que una vez Arley le había pedido que, si no volvía de una gira, hiciera eso por él.

—Llegó llorando, estaba enamorada de él —relata Alexis Méndez—. Me dijo: “Arley se quedó, ¿qué vamos a hacer?”. Luego contó que la estaban investigando. Querían saber si él le

había contado a ella que iba a desertar. Ella siempre dijo que no.

—Tomaron represalias contra ella —dice Yadier Núñez, quien la conoció entrenando—. En dos o tres competencias que ella pudo haber viajado, no la llevaron por temor a que desertara. La vida se le hizo complicada.

Después de un año, la pesista se retiró y regresó a Cienfuegos.

Ni los amigos ni la familia, ni el propio Arley volvieron a saber de ella.



Luego de esconderse en Valparaíso y Rengo, Arley Méndez volvió al Centro de Entrenamiento Olímpico de Ñuñoa. Vio cómo se entrenaba allá: las pesas nuevas y las plataformas estables, a un mundo de distancia de lo que había en La Habana. Consiguió que lo dejaran dormir en un camarote del albergue que tenía ese lugar. Cuando se le acabó la plata, encontró trabajo en una panadería de avenida Grecia. Además trabajó arreglando máquinas tragamonedas, como instructor en gimnasios, en botillerías, de guardia de seguridad y de garzón. Nunca duraba mucho, porque no se acostumbraba a que lo mandaran. No mucho después conoció a Antonia Galleguillos, una judoka de Antofagasta que se había cambiado al levantamiento de pesas. Comenzaron una relación. Ella lo pasaba a ver en las noches. Él le hablaba sobre Fierro.

—Me contaba cuentos sobre un embalse al que iba a nadar y a pescar. Ese era el lugar que más extrañaba. De repente nos madrugábamos hablando de eso —recuerda Galleguillos.

Para hablar con su familia, Méndez iba a un centro de llamados en el Paseo Ahumada.

—A mi familia le decía estoy bien aquí, pero mentira —asegura—. Una vez, como no tenía plata, me eché dos días sin comer. Viví a puro tecito. Estaba en la panadería. Como no tenía carnet, me pagaban 120 lucas. Mandé 100 a mi familia y me quedé con 20 para el mes. A veces la Antonia me tenía que traer pan para que yo pudiera comer.

Arley Méndez empezó a fumar. Se dio cuenta de que era una solución más económica para olvidarse del hambre y dedicarse a entrenar en los espacios que le quedaban. Por eso, perdió peso. Félix

Machín vino a Chile en marzo de 2014 cuando vino a competir en los Juegos Odesur. Se dio cuenta del cambio:

—Me dijo que había hecho lo que había hecho por problemas personales. Yo le aconsejé que siguiera luchando, porque tenía mucho talento. Estaba muy delgado. Le dije que no le guardaba rencor.

En marzo de 2015, Antonia Galleguillos viajó a competir a Cuba. Arley no tenía dinero, pero aun así le mandó un televisor a su familia con ella. El mismo que hoy está manchado. A fines de agosto de ese año, se fueron a vivir juntos a Peñalolén. Había pasado más de un año, pero Arley Méndez no estaba ni siquiera un poco más cerca de volver a competir; esta vez por Chile. Seguía teniendo una situación migratoria irregular.

—Mi papá me preguntaba a cada rato: “Niñito, ¿ya estás en el equipo nacional? No, papi, todavía no tengo la nacionalidad. Se demora” —cuenta Méndez.

Eso comenzó a cambiar cuando el entrenador búlgaro Georgi Panchev empezó a trabajar con él en septiembre de 2015.

—Le pregunté si competía por Chile y si tenía papeles. Me dijo no, profé, no tengo nada. Me sorprendí mucho, porque llevaba dos años aquí y nadie se había preocupado por él. Cuando lo miré levantar me di cuenta de que él era algo impresionante —recuerda Panchev.

En noviembre, Arley y Antonia fueron padres. A su hijo le pusieron Alexis.

En enero de 2016, Méndez sacó su carnet y en marzo la federación organizó un campeonato nacional de pesas. La idea era que Arley se luciera y llamara la atención de las autoridades para que le dieran una nacionalización por gracia. En el fondo, él pensaba que si se la daban, aún alcanzaba a clasificar para los Juegos Olímpicos de Río de Janeiro de ese año. Méndez consiguió una marca que lo habría dejado cuarto en el mundo, pero eso no cambió su situación.

—Le dije a la Antonia “no entreno más”. Estaba ganando 200 lucas en un gimnasio trabajando tres horas diarias. Si trabajaba todo el día, podía hacerme 420. Yo necesitaba plata. Tenía que hacerme cargo de mi familia.

Arley Méndez siguió por televisión la competencia olímpica de su categoría, en la que el iraní Kianoush Rostami se llevó la medalla de oro.

—Mientras lo miraba —dice Méndez—, yo pensaba que podía estar ahí.



Este es el embalse en el que Arley Méndez nadaba. Está a un par de kilómetros de su casa, por la Carretera Central de Cuba.

—Aquí veníamos con un poco de ron, o masticando caña de azúcar y nos poníamos a pescar. Cuando nos aburríamos, nos tirábamos al agua. Nos pasábamos toda la tarde —cuenta Alexis Méndez, que a continuación quiere hacer una pregunta:

“¿Ya le pagan al niño?, ¿Sabes cuánto?”.

Más tarde regresamos al pueblo.

—Oye, ven. Estamos haciendo un documental sobre el niño.

Alexis Méndez camina por Fierro. Quiere que todos le manden un mensaje a su hermano. Ahora se detiene frente a dos hombres que beben cerveza en la calle. Son amigos. Les dice que hablen. Ellos hacen todo lo que pide.

Alexis se queda bebiendo con ellos. Un rato después, uno llega con ron blanco. Méndez lo bebe directo de la botella. Primero se ríe, después grita un poco. Muestra a sus amigos las zapatillas que Arley le mandó. Dice que son nuevas, que es una marca que no llega a Cuba. Ahora atardece. Alexis Méndez toma la botella y se la queda. Le da varios tragos. Murmura unas palabras.

—Mi padre siempre hablaba del niño. Yo podría haber sentido envidia. Porque era así. Pero yo también me sentía como un segundo padre del niño. Cómo lo echo de menos.

Lo dice con los ojos rojos.



Algo cambió en 2017. De partida, Neven Ilic, entonces presidente del Comité Olímpico Chileno, apoyó a Georgi Panchev en la solicitud de la nacionalización por gracia de Arley Méndez. Dijeron que era un líder positivo para el deporte, que formó una familia en Chile. Además explicaron una cosa más: el muchacho podía ser campeón del mundo. El 31 de mayo

el Congreso aprobó la propuesta y Arley Méndez se hizo chileno.

—Cuando me dieron la nacionalidad dije voy a ponerme duro. Tenía ese deseo de que la gente me viera, que dijeran que estaba de vuelta —explica Méndez.

Luego de prepararse en Colombia en noviembre, viajó al Campeonato Mundial de Pesas en Anaheim, California. Pero a Méndez aún le faltaba un documento, explica Ítalo Barattini, presidente de la Federación Chilena de Pesas:

—El reglamento del Comité Olímpico dice que si te nacionalizas, tienes que pedir una autorización del país de origen para competir. Y si no



No me iba a quedar porque mi futuro nadie me lo va a romper. El único que va a ayudar a mi familia soy yo



te la dan, tienes que esperar un año para competir libremente.

La persona encargada de dar ese permiso era un viejo conocido de Arley: José Luis Barcelán.

—Yo había hablado con él y mostraba buena disposición. Me decía no te preocupes, pero nunca lo formalizaban —agrega Barattini.

Panchev y Méndez llegaron a Anaheim el 30 de noviembre. Competían en tres días, pero aún no tenían la autorización de Barcelán. Dentro de la Federación chilena entendían lo que estaba pasando: la demora era una forma de ajustar cuentas con Arley. Un día antes, la carta seguía sin aparecer. Durante cinco horas, varios dirigentes chilenos llamaron a Cuba para apurar un trámite que tenía a Georgi Panchev

desesperado. Finalmente, apareció en la noche. Era como si, después de cuatro años, Cuba lo hubiese soltado.

—Nos tardamos el período de tiempo necesario para analizar y revisar los elementos que teníamos. No habíamos enviado la autorización antes por eso. No había ninguna intención de perjudicar al atleta o al país —argumenta Barcelán.

El 3 de diciembre, día de la competencia de su categoría, Arley Méndez se llevó las tres medallas de oro. Le ganó al iraní Kianoush Rostami: el mismo que había visto, hace un año, ser campeón olímpico. Era un logro inédito para Chile y sus marcas lo perfilaban seriamente como contendor a un podio en Tokio 2020.

—Cuando tocaron el himno chileno, ni lo sentí —cuenta Méndez—. Porque estaba diciendo a mí mismo: “Pinga, al fin se acabó el sufrimiento”.



Alexis Méndez pide una última cosa: que a su hermano le hagan llegar un video que él tiene en su celular:

—Es importante que el niño lo vea —dice.

El video es de hace unos años. Aparecen sus padres, Aleido e Isabel, bailando en una especie de fonda.

—Dile que nos tiene que recordar así.



Aleido y Alexis Méndez no pudieron ver a Arley ganar porque ningún canal cubano transmitió el torneo, pero sabían del certamen. A la hora en que Arley se subió a la plataforma en California, ellos se sentaron en el patio de la casa, con una botella de ron.

—Tomábamos y le echaba ron a las medallas, para que brillaran. Nos imaginábamos cómo estaba. Busca medalla, le gritábamos —dice Alexis.

No se enteraron del resultado hasta la tarde, cuando un amigo los llamó para contarles. Bebieron toda esa noche. La celebración se extendió durante seis días. Llegaron los vecinos, cocinaron un cerdo y tomaron más ron, gritando que eran campeones. Al cuarto día, Aleido dijo que le dolía el pecho y comenzó a toser. Eso duró varios días. Y cada vez fue peor. Lo llevaron al hospital. Cuan-

do regresó a la casa, Alexis le mostró un video en su celular que se había conseguido. Era una nota de TVN sobre la victoria de Arley. Según Alexis Méndez, fueron las únicas imágenes que Aleido pudo ver de su hijo:

—Dijo: “Coño, mi niño. De verdad que está duro”.

La noche del 14 de diciembre, Aleido Méndez le dijo a su familia que se sentía bien y que necesitaba dormir tranquilo, sin que lo molestaran. Alexis dice que los engañó a todos. Que su padre tenía a la muerte encima y nadie supo verlo. Aleido falleció el 15, a las dos de la mañana, en la pieza contigua al dormitorio de Arley. Lo mató una insuficiencia cardíaca. Tenía 63 años.

—Puede ser que la emoción de la celebración le haya hecho mal —dice Alexis.

Isabel, su esposa, y los vecinos piensan lo mismo: la celebración tras el éxito de su hijo quizá fue demasiado para su corazón.

Durante toda la noche, y a través de amigos, trataron de comunicarse con Arley. Finalmente, una amiga le dejó un mensaje en Instagram. Así fue cómo se enteró. Él llamó a Fierro mientras velaban a su padre. Solo le pidió a su familia una cosa: que lo sepultaran con sus medallas.

Ese día, Arley Méndez fue a la embajada de Cuba. Preguntó si podían dejarlo viajar para despedirse de su padre. Le dijeron lo que temía: que los atletas desertores no pueden volver antes de ocho años y que lo sentían.

Ahora, en su casa en Macul, bebiendo una cerveza, mirando los videos que su hermano le mandó, Arley Méndez se ríe. Ahí está el templo Shaolín, el cañaveral y el embalse. También está su familia y sus vecinos gritándole que están orgullosos de él. De repente se detiene en uno.

—¿Y este cuál es?

Es el que le mandó su hermano. El video de hace unos años en que sus padres bailan, sin que pudiesen imaginar todo lo que vendría.

—¿Es de mi padre? —pregunta.

Arley Méndez mira la pantalla y la acaricia con sus dedos. En el cuadro quieto, Aleido sostiene a Isabel. Arley deja el teléfono. Nunca le pone Play. **S**